

JACULATORIAS.

Beatus homo qui semper est pavidus. Prov. 28.

Bienaventurado aquel que siempre vive temeroso y desconfiado de sí mismo.

Ego sum pauper et dolens : salus tua, Deus, suscepit me. Salm. 68.

Reconozco, Señor, que estoy destituido de todos los bienes; no veo en mí mas que pobreza y miseria; pero vos sois, Dios mio, toda mi confianza.

PROPOSITOS.

1. Es la presuncion cierta opinion demasiadamente buena que cada uno tiene de sí mismo; ninguna cosa prueba mas que uno se conoce poco, que cuando se estima mucho; es mucha pobreza de entendimiento ignorar hasta dónde llega la flaqueza propia; el que fia en su imaginaria virtud, esté cierto de que no la tiene. No hay, pues, que admirarse de que hociquen en caidas tan vergonzosas esas almas tan presumidas. Complácese Dios en confundir el orgullo humano; aprende á desconfiar de tí, sirviéndote de escarmiento tantos y tan ruidosos ejemplares; reconoce tu miseria y tu inclinacion al mal. Acuérdate sin cesar de que debes obrar el negocio de tu salvacion con temor y con temblor, como dice el Apóstol; no hay virtud tan arraigada, ni hábito virtuoso tan antiguo que nos dispense en este saludable temor. Teme continuamente las sorpresas de los sentidos, los artificios de las pasiones, los lazos que arman á la inocencia los objetos peligrosos; teme á tu propio espíritu y á tu mismo corazón; témete á tí mismo; porque en esta vida todo es peligroso. No se aparte jamás de tu memoria este oráculo del Apóstol:

tol : *Bienaventurado el hombre que siempre está temeroso de ofender á Dios.*

2. No basta temer, es menester aplicar todos los medios para evitar lo que se teme. Toma, pues, desde este mismo día una eficaz resolucion de huir todo aquello que puede ser ocasion de pecado; de no hablarte en tal concurrencia; de no ver tal persona; de no tratar de tal asunto; de abstenerte de tal juego; de negarte á tal diversion; de no leer tal libro; de no reprender con cólera á tus criados ni á tus hijos; en una palabra, de evitar todo lo que puede servir de lazo á tu fidelidad y á tu inocencia. No hay que fiarte del valor ni de la fidelidad antecedente; así como ninguna cosa empeña mas al Señor para concedernos sus auxilios particulares que la humilde desconfianza de sí mismo, así tambien ninguna cosa le irrita mas que la temeraria presuncion. Huye las ocasiones, si quieres vivir sin pecado.

DIA DIEZ Y SEIS.

SAN QUIRICO Y SANTA JULITA, MARTIRES.

Fué santa Julita una señora jóven cristiana, de casa ilustrisima y muy distinguida en el Asia, como descendiente de sus antiguos reyes; pero mas respetada por su eminente virtud que por su nobilísimo nacimiento. Nació en Iconia, hoy Cogni, capital de Liconia, donde san Pablo y san Bernabé habian predicado la fe de Jesucristo con tanto fruto y con tan feliz suceso. Habiéndose casado con un caballero de la primera calidad, como correspondia á su nobleza, fué su virtud ejemplo de señoras cristianas, año

diendo su modestia nuevo lustroso realce a todas las demás prendas que la adornaban; de manera que parecia como original del bello retrato de la mujer fuerte que pinta el Sabio en la sagrada Escritura.

Era una de sus primeras atenciones el cuidado de estrechar cada dia mas y mas la casta union con el esposo que el cielo la habia destinado y el conservar la paz y buen gobierno en toda la familia, siendo esta su ordinaria y principal ocupacion. Humilde sin artificio, modesta sin afectacion, vestida con la decencia correspondiente á su clase, pero sin ostentacion y profanidad, inspiraba aprecio y veneracion de la virtud á cuantos la conocian y la trataban. Por otra parte se hacia admirar y aun adorar por la afabilidad con que se hermanaba con todos y por el peso, prudencia y discrecion que acompañaba á todas sus palabras. Ni era la menor de sus virtudes la exactitud con que pagaba el salario á sus criados y el amor con que los socorria en sus necesidades. Su caridad con los miserables la mereció el nombre de madre de los pobres, ganándola el corazon de todos los necesitados. El tiempo que la dejaban libre las obligaciones domésticas, le empleaba en la labor, en la oracion y en otras devociones.

Tal era Julita, cuando, queriendo Dios perfeccionarla con los trabajos y proponerla á la Iglesia como una mujer verdaderamente fuerte la llevó á su marido en la flor de la edad, dejándola viuda á los veinte y dos años, sin mas hijos que un niño, llamado Quirico, único fruto de su matrimonio, que todavía estaba en la cuna. Libre de las cargas de casada, se dedicó enteramente á desempeñar las obligaciones del nuevo estado, sobresaliendo en el ejercicio de todas las virtudes que pide á las viudas el Apóstol.

Fué su principal atencion criar al niño Quirico en el santo temor de Dios, inspirandole desde luego

aquellas maximas cristianas, que le hicieron tan ilustre mártir aun sin haber salido de las primeras niñeces. Apenas sabia hablar, y ya sabia qué cosa era ser cristiano. Todo su gusto era ser instruido en la religion y aprender de memoria sus preceptos. Correspondia perfectamente á las piadosas inclinaciones del hijo el zelo de la santa madre. Nunca le hablaba sino del culto divino y de los principios del Evangelio.

Tenia solos tres años el niño Quirico, cuando los emperadores Diocleciano y Maximiano publicaron su cruel edicto contra los cristianos, empeñados en exterminarlos de todo el imperio. El gobernador de Licaonia, llamado Domiciano, fué uno de los ministros que se mostraron mas zelosos en su puntual ejecucion y fué general la consternacion en toda la provincia. En las plazas públicas no se veian mas que ecúleos, potros, horcas y cadalsos, ni se hablaba de otra cosa que de suplicios y de tormentos. Deseaba Julita con vivas ansias derramar su sangre por amor de Jesucristo, habiendo mucho tiempo que suspiraba por el martirio; pero se hallaba embarazada con la suerte de su hijo temiendo que se le arrancarían de los brazos y le criarian en la religion pagana. Resolvió, pues, ponerse á cubierto de la tempestad por algun tiempo y dejó la ciudad y la provincia acompañada de solas dos criadas suyas. Abandonando, pues, su casa, sus conveniencias y todos sus grandes bienes por salvar su fe y la de su hijo, se retiró á Seleucia en la provincia de Isauria; asilo poco seguro, por estar mas encendida la persecucion en aquella provincia que en la de Iconia. Su gobernador Alejandro, aun mas cruel que Domiciano, persiguiendo furiosamente á los cristianos, satisfacía su ambicion y su despique, porque á un mismo tiempo lisonjeaba á los emperadores y contentaba la aversion personal que profesaba al cristianismo. Obligada Julita á buscar abrigo mas se-

guro, á pesar de la fatiga y de las incomodidades de un viaje tan largo como penoso, se refugió en Tarso de Cilicia; pero el Señor, que la quería probar y premiar al mismo tiempo su fe, permitió que la fuesen siguiendo allí sus perseguidores.

No bien habia llegado á dicha ciudad, cuando el emperador despachó una orden á Alejandro, gobernador de Isauria, para que pasase á Tarso con comision particular de poner en ejecucion el edicto contra los cristianos, mandándole expresamente en la instruccion que á ninguno perdonase. Conoció entonces nuestra santa que Dios quería cumplir sus deseos y que se habia llegado el tiempo de consumir su sacrificio; por lo que suplicó fervorosamente á su Majestad se dignase aceptar tambien la tierna victima que le ofrecia con ella, no permitiendo que su querido hijo la sobreviviese; oracion que fué benignamente oida y favorablemente despachada. Luego que llegó el gobernador fué acusada en su tribunal la jóven viuda como cristiana, y haciéndola arrestar, fué llevada á su presencia con su hijo en los brazos, sin mostrar la santa alteracion ni sobresalto.

Informado Alejandro de su alta calidad, la recibió con mucha cortesania y solamente la preguntó si era cristiana: *Soylo*, respondió Julita; *y tambien mi hijo lo es. Admirome*, replicó el gobernador, *de que una señora de tu nacimiento, de tus años, de tus prendas y de tu capacidad se haya dejado infatuar de las extravagancias de esa religion. Mas me admiro yo* (repuso la santa) *de que un hombre, que tenga no mas que una leve tintura de razon, pueda abandonarse á los absurdos y á las infamias del paganismo. Las que vosotros llamais extravagancias en la religion cristiana, son unas máximas en las cuales reina la verdadera sabiduría, el buen juicio y la verdad: ni aun vosotros ignorais que solo en esta religion se encuentran la ino-*

cencia, el honor y la virtud. Mucho menos ignorais vosotros (replicó el gobernador ciego ya de cólera) *que los tormentos se hicieron en el mundo para los cristianos; y diciendo estas palabras, mandó que la arrancasen al hijo de los brazos y luego la pusiesen en el potro. Sintió mas santa Julita la violenta separacion de su hijo, que el tormento que la iban á aplicar. Sus dos criadas, poseidas del miedo, la habian abandonado desde los principios; pero recobradas del primer pavor volvieron luego á mezclarse entre la muchedumbre, para ver de lejos los tormentos que padecia su ama.*

Era el ánimo del gobernador aterrar á los cristianos con esta primera ejecucion, y así fué verdaderamente cruel. Descargaron una espesa lluvia de azotes con vergas sobre el delicado cuerpo de la santa, á cuyos furiosos golpes corrian por todas partes arroyos de sangre, quedando su hermoso cuerpo espantosamente destrozado.

El niño mientras tanto, viéndose separado de su madre, comenzó á llorar y á gritar, haciendo cuantos esfuerzos podia para volverse á ella y para desembarazarse de los que le tenian en sus brazos. Viéndole tan vivo y tan hermoso, mandó el gobernador que se le llevasen; púsole sobre las rodillas para acallarle; comenzó á halagarle y acariciarle, aplicando la boca para darle un beso; pero el niño volvió la cabeza, apartóle la cara con sus manecitas, y haciendo cuanto podia para desasirse de él, le daba con los piés y le arañaba con sus uñitas. Por mas diligencias que hizo el gobernador para que no mirase á su madre, nunca lo pudo conseguir, volviendo siempre el niño sus ojitos hácia ella y gritando continuamente como la misma madre: *Yo soy cristiano, yo soy cristiano*. Irritado Alejandro con estos gritos y furioso de verse tan burlado, entró en tan descom-

puesta cólera, que, cogiendo al tierno infante por una pierna y diciendo brutalmente: *Ya que eres cristiano como tu madre, perecerás con ella*, le estrelló con rabiosa violencia contra el pavimento del tribunal, haciéndose pedazos la cabezita en la primera grada, esparcidos los sesos por el suelo y llenándose todo él de aquella inocente sangre; inhumanidad que detestaron con horror todos los asistentes, desahogando en un sordo murmullo su justa indignación. Sola Julita vió con ojos enjutos aquel glorioso espectáculo; y manifestando á los gentiles cuánto la habia elevado la gracia de Jesucristo sobre los movimientos de la naturaleza, se conservó bañada de un gozo celestial, rindiendo en alta voz gracias al cielo porque se habia dignado coronar antes que á ella á su dulcísimo hijo.

Oyó Alejandro, como todos los demás, esta oración; y á vista del generoso desprecio que hacia de la muerte, se desengañó de que ningun tormento seria capaz de doblarla. No obstante, por ejercitar su crueldad, mas que por entretener su esperanza, mandó que la volbiesen al potro; que la despedazasen los costados con uñas aceradas; que echasen pez derretida sobre sus delicados piés; y mientras el pregonero la exhortaba en alta voz á que sacrificase á los idolos, la santa levantando mucho mas la suya, gritaba: *Yo soy cristiana.*

Toda descoyuntada, despedazada y abrasada, no alentó el menor suspiro, ni abrió la boca sino para dar testimonio de la divinidad de Jesucristo y para declarar que los idolos, á quienes querian ofreciese sacrificios, eran solos unos viles instrumentos del demonio para engañar á los hombres miserablemente. Amenazáronla con que seria tratada como su hijo, y ella exclamó: *¡ Ah, si deseo con ansia alguna cosa, es tener parte en su dicha y caminar cuanto antes á ha-*

cerle compañía en la gloria! El silencio, el aire y todo el exterior de los concurrentes daban bien á entender la admiración y asombro con que miraban la magnanimidad de aquella jóven señora y la alta idea que concebían de su santa religion; lo que advertido por el gobernador, determinó quitársela cuanto antes de la vista y mandó que la cortasen la cabeza. No pudo disimular su extraordinaria alegría luego que oyó la sentencia; y como era su mayor empeño que triunfase la fe de Jesucristo en medio de los tormentos gritando sin cesar que era cristiana, los verdugos la metieron en la boca una gran bola para que no pudiese hablar mientras la conducian al lugar del suplicio. En llegando á él, les pidió la concediesen un corto espacio de tiempo para hacer oración; hincóse de rodillas; dió gracias á Dios por haber llevado para sí á su querido hijo; suplicóle se dignase admitir el sacrificio que le hacia de su vida, levantó dulcemente los ojos al cielo, y tendiendo su cuello al verdugo, este de un golpe la separó la cabeza y consumó su martirio con tan gloriosa muerte el día 16 de junio por los años de 305.

Por la noche fueron las dos criadas suyas á retirar el santo cuerpo y el de su hijo san Quirico. Los que enterraron en un sitio del territorio de Tarso, á bastante distancia del lugar de su martirio; y habiendo vivido una de ellas hasta que el gran Constantino, diez y ocho años despues, dió la paz á toda la Iglesia, descubrió el precioso tesoro que habia escondido; y acudiendo todos apresuradamente á venerar las santas reliquias, se hizo desde entonces célebre su culto en todo el Oriente. Dícese que, habiendo hecho un viaje hácia aquellas partes san Amatro, obispo de Auxerre, trajo consigo los cuerpos de san Quirico y santa Julita y los colocó en una iglesia que tuvo despues su misma advocación. Lo cierto es que las

muchas iglesias que hay en Francia dedicadas á estos dos santos persuaden bastantemente que sus reliquias se repartieron entre varias, como en Tolosa, en Clermont, en Arlés y singularmente en Nevers, que tiene por patron á san Ciro.

SAN AURELIANO, OBISPO Y CONFESOR.

Entre los prelados célebres que florecieron en la iglesia de Francia en el siglo vi, fué uno san Aureliano obispo de Arlés, de quien ignoramos su origen, sus progresos en la carrera literaria y sus hechos por la negligencia de los sabios de su tiempo, que, pudiendo recopilar estas y otras memorias, defraudaron á la posteridad de tan preciosos monumentos.

Sabemos que por el conocimiento de su eminente virtud y de sus sobresalientes talentos fué elevado en el año 546 á la silla metropolitana de Arlés, luego que quedó vacante por muerte del obispo Auxanio, sucesor del célebre san Cesario. El papa Vigilio, que gobernaba por entonces la cátedra apostólica, queriendo darle pruebas evidentes de cuanto aprobaba su eleccion y manifestarle el aprecio que hacia de su gran sabiduría y ardoroso zelo por la religion y disciplina eclesiástica, le envió el palio y condecoró con la jurisdiccion vicaria de la Santa Sede en todo el reino de Childeberto, hijo de Clodoveo, que reinaba en esta parte de la monarquía, llamada Neustria ó Francia Occidental, y una porcion del reino de Borgoña, adonde se extendia la metrópoli de Arlés.

Aunque Aureliano no se distrajo jamás del particular cuidado que debia poner en el buen orden de su diócesis, valiéndose de la autoridad concedida por el romano pontífice, aplicó toda su reputacion y

sabiduría á la consecucion del bien público y al establecimiento de varios cánones interesantes en la mejor policia y gobierno de la Iglesia. Así lo acreditó en el concilio que se celebró en Orleans en el año 549, convocado de los tres reinos de Francia, á solicitud del rey Childeberto en el año 39 de su reinado, en el que presidió en virtud de sus facultades, segun opinan varios criticos, aunque otros atribuyen la presidencia de este sinodo á Sardo ó Sacerdote, obispo de Leon; teniendo gran parte en lo que allí se determinó acerca de la reforma de costumbres y disciplina eclesiástica. Tambien supo aprovecharse útilmente y con mucha discrecion de la estimacion que de él hacia Childeberto para erigir varios monumentos de piedad, memorables entre ellos, los dos monasterios que edificó en Arlés, uno para hombres, y otro para las vírgenes consagradas á Dios, á los que dió con mucha prudencia y sabiduría una doble regla que tenemos en el código de las que recopiló Holstenio, donde parece aumentó algunos artículos sobre la de san Cesario su predecesor.

Agitábase en tiempo de este insigne prelado la cuestion de los tres capitulos que miraban á la persona de Teodoro, obispo de Mosuesta, que habia sido maestro de Nestorio; á la carta de Ibas, obispo de Edesa; y á la respuesta de Teodoreto, obispo de Ciro, contra los anatematismos de san Cirilo; empeñóse el emperador Justiniano en la condenacion de estos tres capitulos, sin mucha necesidad; resistiólo el papa Vigilio, temiendo debilitar la autoridad del concilio de Calcedonia que habia recibido en su comunión á Ibas y á Teodoreto, y que nada ordenó contra la memoria de Teodoro, aun cuando se leyeron en él los escritos de estos tres prelados. Los obispos del Africa que se mostraban mas ardientes que todos, rehusaban recibir el edicto de Justiniano; los de Francia, aunque mas

moderados, no creían deber estar indiferentes en un negocio de tanta gravedad. Con este motivo escribió Aureliano á Vigilio sobre la sospecha que tenían formada algunos prelados de su condescendencia con el emperador; pero su Santidad le respondió, asegurándole que jamás permitiría cosa contraria á la doctrina de los cuatro concilios, Niceno, Efesino, Constantinopolitano I y de Calcedonia, ni á las determinaciones de Celestino, Sixto y Leon, sus predecesores; ordenándole además que emplease su reputación para con el rey Childeberto, á fin de que mostrase su solicitud en favor de la Iglesia de Dios é impidiese con su poder el que Totila rey de los Godos, que había tomado á Roma y saqueado la ciudad, no hiciese padecer á los católicos, mediante á que hacia profesión de la herejía arriana.

Finalmente, este insigne prelado, distinguidísimo por la defensa que siempre hizo de la religion católica y por los establecimientos utilísimos para el mejor régimen de la Iglesia, con cuyo elogio le recomienda el Martirologio Galicano, murió lleno de merecimientos por los años 551, en el día 16 de Junio en Leon de Francia, aunque los escritores no nos dicen el motivo de su tránsito á aquella ciudad; donde se celebra su memoria en el mismo día, y en el siguiente en la de Arlés, á causa de estar impedido el 16 con la fiesta de san Quirico y Julita en esta iglesia.

Algunos confunden á este prelado con otro Aureliano obispo de Leon, pero sin fundamento, por no hallarse este colocado en el catálogo de los santos como el de Arlés; cuyas reliquias se hallaron en Leon en el reconocimiento que se hizo de las existentes en la iglesia de San Niceto por Ugo obispo Tabariense, en virtud de comision en el año 1803, tercero del pontificado de Clemente V, para mas decente coloca-

cion de las depositadas en aquel templo. Léense en la lápida de mármol del sepulcro de san Aureliano de Arlés varios versos expresivos de sus laudables hechos y tiempo de su pontificado.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Besanzon, los santos mártires Fargeau y Fergeon, diácono, que, enviados por el santo obispo Ireneo á predicar la divina palabra, padecieron muchas especies de tormentos, siendo por último degollados.

En Tarso de Cilicia, los santos mártires Ciro y Julita su madre, en tiempo de Dioleciano. Ciro, niño de tres años, viendo á su madre cruelmente azotada con vergas, delante del juez Alejandro, y llorándola desconsolado, fué muerto á testeradas contra les gradas del tribunal. En cuanto á Julita, despues de crueles azotes y horribles tormentos consumó su martirio por la degollacion.

En Maguncia, el martirio de Aure, Justina su hermana con otros mártires muertos atrozmente en la iglesia por los Hunos que asolaban la Alemania, durante la celebracion de los santos misterios.

En Amatonta en Chipre, san Ticon, obispo, del tiempo de Teodosio el jóven.

En Leon de Francia, el fallecimiento de san Aureliano, obispo de Arlés.

En Nantes en la Bretaña, san Similiano, obispo y confesor.

En Meisen en Alemania, san Beunon, obispo.

En Brabante, santa Lutgarda, virgen.

En Luvesca, aldea de la antigua diócesis de Viena del Delfinado, la fiesta de san Juan Francisco Regis, de la compañía de Jesus, varon de admirable caridad y paciencia por la salud de las almas. Fué puesto en el número de los santos por el papa Clemente XII.

En Rufey en el Franco Condado, el martirio de san Antida, obispo de Besanzon.

En Chaumont cerca de Rocroy, san Bertó, confesor.

En Viena, san Domnolo, obispo, cuya principal ocupacion era el redimir cautivos.

En Avranches, san Auperto, obispo, fundador, segun Sigeberto, de la iglesia de San Miguel del Monte, donde fué á su muerte enterrado.

Cerca de Espoleto, san Felo, confesor.

En Soana en Toscana, san Mamiliano, obispo de Palermo.

En Salzburgo, el venerable Gebardo, arzobispo de dicha ciudad, fundador de la iglesia de Admondeto.

La misa es de la dominica precedente, y la oracion la que sigue :

Deus, qui nos concedis
sanctorum martyrum tuorum
Cyrici et Julite natalitia co-
lere : da nobis in æterna bea-
titudine de eorum societate
gaudere. Per Dominum nos-
trum...

O Dios que nos haces la gracia
de que celebremos el martirio
de los santos mártires Quirico y
Julita : concédenos que goce-
mos tambien en su compañía de
la eterna bienaventuranza. Por
nuestro Señor Jesucristo.

La epístola es del capítulo 31 del libro del Eclesiástico.

Qui autem nimis diligit di-
vitiarum, non justificabitur : et
qui insequitur consumptionem
replebitur ex ea. Multi dati
sunt in auri casus, et facta est
in specie ipsius perditio illo-
rum. Lignum offensionis est
aurum sacrificantium : vae illis
qui sectantur illud ! et omnis
imprudens deperiet in illo.
Beatus dives qui inventus est
sine macula.

El que ama las riquezas dema-
siado, no será justo, y el que va
siguiendo la corrupcion se lle-
nará de ella. Muchos se preci-
pitaron por causa del oro, y su
perdicion fué ocasionada de su
hermosura. El oro es un cepo
para aquellos que se sacrifican
á él : ¡ay de aquellos que le
buscan! y todos los imprudentes
perecerán en él. Bienaventurado
el rico que fuere encontrado sin
mancha.

NOTA.

« Fué compuesto el libro intitulado *Eclesiástico* por Jesus, hijo de Sirach, á imitacion de los Proverbios que compuso Salomon. Diéronle los antiguos un nombre que significa *toda virtud*, porque ninguna hay para cuyo ejercicio no se den admirables reglas en este excelente libro; siendo una doctrina general que combate todos los vicios, arregla las costumbres y conduce como por la mano á la práctica de todas las virtudes. »

REFLEXIONES.

Siendo las riquezas beneficio del Señor, ningunos debieran servir á Dios con mayor reconocimiento ni con mas fidelidad que los ricos. Siempre habia de triunfar la virtud en medio de la abundancia; el que tiene mas medios para santificarse habia de ser mas santo. Pero sucede todo lo contrario; no suelen ser mas cristianos los mas ricos ni los mas acomodados. La opulencia exime de las miserias de la tierra; pero ¿exime por ventura de las leyes del Evangelio? El que ha logrado mas bienes de fortuna que otros, ¿goza por eso de algun privilegio para ser menos ajustado, menos piadoso que los demás? Pregunta, á la verdad, disonante y ofensiva; pero ¿no hay sobrados motivos para hacerla? La licencia de costumbres, cierta libertad en el corazon y en el entendimiento, que se acerca mucho á una especie de irreligion; aquella conducta poco cristiana que se observa en la mayor parte de los que se llaman ricos, grandes y dichosos del siglo; ¿no da bastante motivo para preguntar si los nobles, si las señoras, si los ricos logran algun privilegio que los dispense en la severidad de la ley cristiana? ¿si la desigualdad de

fortunas supone alguna diversidad ó alguna exención de los mandamientos en los que profesan una misma religion? Pero ¿quién podrá dudar que estas leyes son universales, sino el que ignore los primeros principios del cristianismo? No hay mas que un Evangelio; no puede haber mas que una moral; son invariables las máximas de Jesucristo; no hay condicion, no hay persona que pueda eximirse de ellas. Con todos hablan los mandamientos de la ley de Dios; con el noble como con el oficial; con la dama mas delicada como con el mas zafio labrador; todos deben seguir á Cristo llevando su cruz; todos han de macerar su cuerpo, mortificar sus sentidos, humillar su altivez, abatir el espíritu y el corazon, si han de ser sus discípulos. No hay edad, no hay sexo, no hay estado, no hay empleo, no hay clase, no hay condicion que dispense en esta pureza tan exacta, en este arreglo tan severo, en esta virtud indispensable á todos los cristianos: *Soy cristiana*, decia santa Blandina; *y así no os debéis admirar de que no parezca en el teatro, de que no concurra á vuestras fiestas, de que tenga horror á todo lo que es contrario á la ley santa de Dios.* ¿Hallaránse hoy en el mundo muchas señoras que puedan decir lo mismo con verdad? Es razon, se dice, que se divierta la gente moza; las personas de cierta calidad, las de conveniencias, las que están colocadas en cierta visibilidad, en cierta clase, no pueden dejar de acomodarse al gusto, á las modas, al espíritu y máximas del mundo. Pero digamos, ¿en cuál de los libros sagrados, en qué capitulo de la moral de Jesucristo, en qué parte del Evangelio se dispensa en las obligaciones comunes á todos los cristianos, á los nobles, á los caballeros y á los ricos? ¿Qué concepto se haria de nuestra religion, si todos los que la profesan, poco mas ó menos hubiesen de lograr la misma suerte, viviendo sujetos á unas mis-

mas leyes y habiendo entre ellos tanta diferencia de costumbres? Han de acompañarnos y han de seguirnos nuestras obras; pues desengañémonos, es menester vivir como cristianos para conseguir la dicha de los santos.

El evangelio es del cap. 7 de san Lucas.

In illo tempore : ibat Jesus in civitatem quæ vocatur Naím : et ibant cum eo discipuli ejus , et turba copiosa. Cùm autem appropinquaret portæ civitatis , ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suæ : et hæc vidua erat : et turba civitatis multa cum illa. Quam eùm vidisset Dominus , misericordia motus super eam , dixit illi : Noli flere. Et accessit , et tetigit loculum. (Hi autem qui portabant , steterunt.) Et ait : Adolescens , tibi dico , surge. Et resedit qui erat mortuus , et cepit loqui. Et dedit illum matri suæ. Accepit autem omnes timor , et magnificabant Deum , dicentes : Quia propheta magnus surrexit in nobis , et quia Deus visitavit plebem suam.

En aquel tiempo : Iba Jesus á una ciudad , por nombre Naím : é iban con él sus discípulos y una numerosa turba de gente. Y al tiempo de acercarse á la puerta de la ciudad , hé aquí que sacaban fuera un difunto , hijo único de su madre : y esta era viuda , y la acompañaban gran número de personas de la ciudad. A la cual , habiéndola visto el Señor , movido á compasion de ella , la dijo : No llores. Y se acercó al féretro , y le tocó. (Y los que le llevaban se pararon. Y dijo : Joven , contigo hablo , levántate. Y el muerto se sentó , y comenzó á hablar. Y le entregó á su madre. A todos , pues , les poseyó el temor , y glorificaban á Dios diciendo : Un profeta grande ha aparecido entre nosotros , y Dios ha visitado á su plebo.